

F. J. NORTON Y SU "PRINTING IN SPAIN 1501-1520"

Cuanto por imperativos profesionales —compatibles siempre con una gustosa dilección por la antigua cultura española— hemos de ocuparnos y preocuparnos de nuestros iniciales fondos impresos, sabemos muy bien lo mucho que debemos a la inteligencia y a la sostenida e infatigable actividad del gran investigador y bibliotecario inglés Frederick John Norton. Nada, pues, más justo que este sencillo y merecido homenaje que le brindamos. Los dos tomos, densos y seguros, de su obra *Printing in Spain 1501-1520* son el fruto de veinticuatro años de labor apasionada.

Todos conocemos el interés con que se han estudiado las particularidades que rodearon la introducción de la tipografía en nuestro país, interés del que no estuvo ausente —fuerza es decirlo— ese prurito que tanto siente el hombre hispánico por ensalzar lo regional y local, con notable vanidad, si es que no se ve enturbiada por la distorsión de lo seguro y científico al rebajar lo ajeno para enaltecer lo propio.

Varios centenares, tal vez millares, de libros, opúsculos y artículos se han consagrado a examinar, en conjunto, grupos de materias o afinidades, y hasta en bastantes casos, aisladamente, los incunables peninsulares. No desdeñaron tal quehacer ninguna de nuestras grandes bibliografías generales o de los catálogos y monografías descriptivas que hacían sus veces, comenzando por los múltiples y admirables registros e inventarios del hijo del descubridor de América, don Fernando Colón, en el primer tercio del siglo xvi, ni en los siguientes Tamayo de Vargas, Nicolás Antonio, Mayáns y Siscar, Bartolomé José Gallardó, Pedro y Vicente Salvá, y asimismo los beneméritos Antonio y Agustín Palau, por no citar otros que los más conocidos y representativos. Pero es en la decimoctava centuria cuando comienzan a ocuparse de modo exclusivo de los incunables españoles Ramón Diosdado Caballero, con su *De prima typographia Hispanicae aetas specimen* (Roma, 1793), y, tres años después, fray Francisco Méndez, en la *Typographia Española, o historia de la introducción, propagación y progresos del arte de la imprenta en España* (Madrid, 1796), reimpresa por Dionisio Hidalgo en 1861 con las adiciones de un manuscrito del propio Méndez, existente en el Museo Británico; en fin, en parte también, el *Dictionnaire bibliographique...*, de Carlos Antonio de la Serna y Santander (Brusselles et Paris, 1805-1807).

Esta tendencia se verá acrecentada a partir del siglo XIX por los abundantes estudios a que acabo de referirme. El Romanticismo gustó paralelamente de todo lo que concernía a la Edad Media y, al mismo tiempo, de exaltar lo regional y local. De estas corrientes nacerán los admirables y nunca bastante bien ponderados “eruditos locales”, que con el incentivo celtibérico de la pasión por lo que es propio de cada tierra o pueblo, lastrados además por la ausencia de buenas bibliotecas que les pusieran en contacto con otros temas extraños y más de sus épocas, debieron limitarse a investigar cuanto tenían al alcance de la mano, y eso no sin pequeñas dificultades. El resultado de su esfuerzo se materializa, bien sea en las minuciosas bibliografías que pocas veces, y a partir de 1858, premiaba la Biblioteca Nacional en sus periódicos concursos, así como en revistas y publicaciones de la comarca o de fuera de ella. Aquellos repertorios adolecen, claro está, de las limitaciones que suponen—independientemente de la falta de rigor científico que sólo va a desarrollarse de modo pleno en nuestra centuria— unos medios de información limitada. Se traduce esto en que dejen de reflejar ejemplares, presentes en bibliotecas y colecciones privadas—tantas veces inaccesibles— de otros países y aun de España, e incluso en lo que ya es menos perdonable, en la ausencia de localización conocida de los que se tienen a la mano. Cierto que tales fallos si no se suplen, al menos se contrarrestan con las pacientes búsquedas en los archivos de protocolos, catedralicios, municipales... Recordemos, en este sentido, la figura representativa y meritoria del gran bibliógrafo y bibliotecario don Cristóbal Pérez Pastor, entre tantos otros, en buena parte antiguos compañeros nuestros. Llega incluso a producirse el caso peregrino de que de ciudades tan importantes como, por ejemplo, Barcelona, Valencia, Sevilla... poseamos mejores y más completos “corpus” documentales que bibliografías, que o no existen o reflejan épocas o aspectos fragmentarios. Y en este sentido por fuerza hay que recordar a Serrano y Morales, Madurell, Hazañas y La Rúa, Abizanda y Broto, Artiles, Luisa Cuesta...

Con todo esto llegamos al momento en que van a aparecer, ya en nuestros días, las grandes bibliografías de primitivas impresiones hispánicas. Me refiero, claro está, en primer término en el tiempo, a la *Bibliografía Ibérica del siglo XV* y a la *Geschichte des spanischen Frühdruckes in Stammbäumen* (1903-1907 y 1923, respectivamente). El colosal esfuerzo de Haebler se ve en estos momentos aminorado por las abundantes inexactitudes que contiene, hijas unas de la escasez de trabajos parciales y otras de confiar con exceso en los datos erróneos de algunos y mediocres correspondientes. No menos abrumadora fue la actividad desplegada durante ocho años, sin contar con otros muchos más de previa experiencia profesional, por aquel buen librero y amigo mío que se llamó Francisco Vindel. *El Arte*

Tipográfico en España durante el siglo XV, con sus nueve tomos llenos de adiciones, enmiendas y de una copiosísima y excelente parte gráfica que tan útil resulta, significa, a mi entender, una tarea abrumadora, emprendida por un estupendo autodidacta —Vindel desconocía el latín, como en algún caso patentiza— que había tenido la suerte y la oportunidad de ver millares y millares de ejemplares, cuyas características tipográficas retenía gracias a una prodigiosa memoria visual, que sólo he visto igualada, y tal vez superada, por mi también querido y ya antiguo amigo mío —vamos envejeciendo los dos— don Antonio Odriozola. El es, con don Pere Bohigas, don Carlos Romero de Lecea y con don Francisco García Craviotto, sin olvidar a doña Amalia Sarriá Rueda, uno de los máximos especialistas nuestros en incunables y libros raros. Vindel tuvo intuiciones geniales y cometió errores de atribución —quién no los padece en terreno tan difícil, resbaladizo e inseguro— que nada restan o muy poco al mérito de su obra, de continua y fructífera consulta.

Mas ¿por qué trato de esbozar o desplegar cronológicamente la historiografía sobre incunables españoles, recogida amplia, pero no exhaustivamente por doña Josefina Matéu Ibars en la revista *Biblioteconomía*, de Barcelona, cuando ni Norton ni la obra suya de que ahora nos congratulamos se ocupan de ese período que va de ¿1472 ó 1473? al 31 de diciembre de 1500? La razón es obvia, y no sólo a causa de que su libro *Printing in Spain 1501-1520* analiza la época inmediatamente sucesiva, en la que todo o casi todo se confunde e identifica —lugares de impresión, tipógrafos, letrerías, elementos externos e internos, tematología...—, sino a causa de un prurito muy humano: el que han sentido los bibliógrafos al convertir en incunables los ejemplares que carecen de datos tipográficos y presentan las características que en aquéllos son genuinas. El gran bibliotecario de la Universidad de Cambridge ha tenido que arrancar de ese terreno confuso y común de la producción bibliográfica de los últimos años del siglo xv y de los primeros del xvi, para esclarecer y puntualizar bastantes ediciones; otras resulta absolutamente imposible, cuando no hay un asidero intrínseco o extrínseco de que valerse. Bastaría tantos y tantos casos que ha cumplidamente resuelto o tratado de aclarar —alguno como el de capital importancia de las iniciales tiradas de *La Celestina*—, para que declaremos a Norton benemérito de los estudios bibliográficos.

Y esto nos lleva de la mano a considerar la razón por la que Frederick John Norton ha elegido precisamente ese difícil y convencional momento de 1501 a 1520 para objeto de su fundamental monografía. El, modestamente, se limita a decir que la última fecha resulta arbitraria y la ha establecido como conveniencia personal de sus investigaciones. Abarcar toda la producción bibliográfica española del siglo xvi en la forma en que

lo hizo Antonio Joaquín Anselmo, en Portugal, hubiera superado, por su amplitud, las posibilidades vitales de cualquier estudioso si se realiza con la minuciosidad y la consulta directa de buena parte de los ejemplares, dispersos en gran número de bibliotecas de todos los países. Mientras que Norton nos proporciona 1.369 descripciones analíticas de otras tantas impresiones hechas en nuestro país entre 1501 y 1520, Anselmo recoge de toda la centuria decimosexta 1.312, lo que permite fundamentalmente suponer que nuestras ediciones superaron con toda probabilidad las 10.000. Tal cifra resulta incluso modesta, ya que Haebler refleja 870 y Vindel 948, en los veinticinco o veintiocho años transcurridos entre 1472 y 1500. Bien es verdad que, aun ahora, en que tan aficionados somos a la Estadística, tales cantidades, sólo aproximadas y conjeturables, registran el incesante y progresivo incremento de las ediciones peninsulares. A ellas es preciso añadir las cifras imprevisibles de lo que vio la luz y se perdió definitivamente.

En ningún sitio como en la obra de Norton comprobamos, pues, lo arbitrario y convencional del concepto mágico y bien prestigiado de la palabra incunable. La producción bibliográfica, igual que el agua de los ríos, fluye y fluye sin cesar, sin que la limiten las designaciones bastante inexactas que emplean los hombres para entenderse. Sólo el paso del tiempo, al producir el inevitable cambio de las cosas, de manera del todo insensible y casi inapreciable, produce mutaciones reconocibles tanto en el contenido como en la forma de los libros.

Hay, sin embargo, en ese período de veinte años seguido por Norton, de 1501 a 1520, algo que presta cierta levísima unidad a la producción bibliográfica española, aunque en ocasiones se desprende de conclusiones extratipográficas. El patente medioevalismo intrínseco y extrínseco de nuestros libros, que no acaban de amoldarse del todo a las directrices entonces imperantes del Renacimiento. Se advierte en ellos externamente una rara pero entonada mezcla de goticismo, mudejarismo y, perdónese la anacronía, de atisbos de ese barroco en que, con el transcurso del tiempo, degenerará el plateresco.

Histórica y vitalmente las 1.369 obras reunidas por el bibliógrafo inglés reflejan un momento puente, de transición y, también, de crisis de desarrollo, no de decadencia. Afianzada en el área africana la conquista de las islas Canarias (1483-1485), ensayo general del descubrimiento y conquista de América, hecho trascendental, por cierto, poco reflejado en nuestros libros, repercuten más que en este acontecimiento, en las prensas, los sucesos cercanos de las expediciones de Cisneros y de Pedro Navarro a Orán, Argel y Túnez; las guerras en Italia y con Francia, las apologías humanísticas, primero, de Isabel y, después, del Rey Católico; hasta cier-

tos "laudes" localistas (Valencia, Murviedro o Sagunto, Daroca, Sevilla, Córdoba) que alternan con las publicaciones acerca de personalidades tan relevantes como Cisneros, amparador de la tipografía cual ninguno, al que se consagraron nada menos que 53 libros, bien sea con dedicatorias, panegíricos o diversas clases de referencias, las relativas al Gran Capitán y, tempranamente, al propio, juvenil y aun inexperto, Carlos V. De una época consolidada políticamente, lo mismo que lo estaba la tipografía, ya bien madura, se pasa a los comienzos turbulentos del emperador, a través de los cuatro últimos años de Isabel I, del brevísimo reinado de Juana la Loca y de Felipe I, de las dos regencias de Fernando el Católico y de Cisneros; de la amenaza de separación de Castilla y Aragón..., de las propias guerras de las Comunidades y Germanías.

Si la impronta de los sucesos históricos, según podemos comprobar por la obra de Norton, no siempre dejó en los libros editados entre 1501 y 1520 la huella que cabía esperar, tal vez porque los españoles de entonces carecían aún de una despierta conciencia historicista y se inclinaban más a la acción que a la reflexión de los sucesos en que intervenían o se desarrollaban a su lado, no ocurre lo mismo con otras actividades del mundo del espíritu y de la cultura. Predominan, claro está, las publicaciones religiosas matizadas en muy diversas clases; en primer lugar —y ello resulta lógico también—, las ascéticas, sobre las de una mística que por aquellos años nace a impulsos de las actividades reformadoras de Cisneros, figura clave con Nebrija, Pedro Mártir de Anglería, Lucio Marineo Sículo, Ducas y otros. De todo esto es máximo florón de ámbito universal la maravillosa *Biblia Poliglota Complutense*, perfecta creación tipográfica de Brocar. No escasean los escritos hagiográficos, pasto de los refectorios monásticos y de la meditación de toda clase de personas; las bulas, breves, confesionarios, constituciones sinodales y eclesiásticas; los libros litúrgicos, tan queridos y magistralmente estudiados por Odriozola; los sermonarios y, en menor número, los profundos tratados teológicos, que van a predominar después en la segunda mitad del siglo. Son más selectas que extensas las publicaciones humanísticas: escasas las griegas, en mucho mayor número las latinas. Hasta nos encontramos con la ocasional gramática arábiga de Pedro de Alcalá. La Ciencia, hija de la Filosofía, en gran parte escolástica, con la lógica al frente, se encuentra en estado embrionario, en libros como la *Obra de Agricultura*, de Gabriel Alonso de Herrera; la *Medicina*, la *astrología* y los *pronósticos*, la *Farmacia*, los *tratados de Geografía y Cosmografía*, *Itinerarios*; las *Matemáticas*, *Aritmética* y *Geometría*...

Lo más abundante de la literatura amena son las novelas sentimentales, y particularmente las de caballería, encabezada por el *Amadís* y por sus numerosos descendientes e imitaciones. *La Celestina*, muy reiterada en sus

impresiones. La poesía que pudiéramos llamar culta y todavía de muy manifiesta raíz medioeval, se ve desbordada por los plieguecitos góticos de vario carácter: romances, coplas, villancicos..., lo que comprueba la enorme fuerza de la tradición popular oral, vigorosa e inmarcesible hasta nuestros días... Apunta el teatro en las églogas, farsas y autos, de Gil Vicente, Juan de la Encina, bachiller de la Pradilla, López Ranjel, López de Yanguas, Castrillo, Torres Naharro, Guillén de Avila, Lucas Fernández, Juan Parthenio Tovar...

De todo esto y de tantas y tantas cosas más que no cabe aquí ni enumerar, da buena fe y hace fácil y llano el camino y consulta el espléndido repertorio bibliográfico que para nuestro servicio ha laboriosamente redactado a lo largo de tantos años Frederick John Norton. En él no se sabe qué admirar más: el espléndido tomo I, verdadera colección de ensayos en que se extraen las conclusiones y se exponen con claridad y concisión los mil y un problemas bibliográficos que surgen a través del texto; o el minucioso catálogo que constituye el tomo II, en el que se detalla con toda precisión y muy variadas localizaciones, la producción bibliográfica española de los veinte primeros años del siglo XVI, acompañado, según es de rigor, de diversos índices y apéndices.

Muchas gracias, Mr. Norton, por el espléndido regalo que supone para todos nosotros vuestra utilísima bibliografía.

JUSTO GARCIA MORALES